

CON LOS BRAZOS ABIERTOS

31 de Marzo de 2019

Evangelio según LUCAS 15,1-3. 11-32

Todos los recaudadores y descreídos se le iban acercando para escucharlo; por eso tanto los fariseos como los letrados lo criticaban diciendo:

- Éste acoge a los descreídos y come con ellos.

Entonces les propuso Jesús esta parábola:

Y añadió:

- Un hombre tenía dos hijos. El menor le dijo a su padre:

-Padre, dame la parte de la fortuna que me toca.

El padre les repartió los bienes.

A los pocos días, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo como un perdido. Cuando se lo había gastado todo, vino un hambre terrible en aquella tierra, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y buscó amparo en uno de los ciudadanos de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pues nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, mientras yo aquí me muero de hambre. Voy a volver a casa de mi padre y le voy a decir: "Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros".

Entonces se puso en camino para casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y se conmovió; salió corriendo, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. El hijo empezó:

- Padre, he ofendido a Dios y te he ofendido a ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Pero el padre dijo a sus criados:

- Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; raed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y se le ha encontrado...

El verdadero protagonista de esa parábola es el padre al que no le preocupa su honor, sus intereses, ni el trato que le dan sus hijos. Solo piensa en la vida de su hijo: que no viva perdido sin conocer la alegría de la vida.

El relato describe con todo detalle el encuentro sorprendente del padre con el hijo que abandonó el hogar. Estando todavía lejos, el padre "lo vio" venir hambriento y humillado, y "se conmovió" hasta las entrañas. Esta mirada buena, llena de bondad y compasión es la que nos salva. Solo Dios nos mira así.

Y AL LLEGAR LO ABRAZÓ LLEGRANDO:



Enseguida "echa a correr". No es el hijo quien vuelve a casa. Es el padre el que sale corriendo y busca el abrazo con más ardor que su mismo hijo. "Se le echó al cuello y se puso a besarlo". Así está siempre Dios. Corriendo con los brazos abiertos hacia quienes vuelven a él.

El hijo comienza su confesión: la ha preparado largamente en su interior. El padre le interrumpe para ahorrarle más humillaciones. No le impone castigo alguno, no le exige ningún rito de expiación; no le pone condición alguna para acogerlo en casa. Sólo Dios acoge y protege así a los pecadores.

El padre solo piensa en la dignidad de su hijo. Así será recibido en un banquete que se celebra en su honor. El hijo ha de conocer junto a su padre la vida digna y dichosa que no ha podido disfrutar lejos de él.

CADA MAÑANA

Cada mañana
me sumergiré en Ti, agua de la vida,
antes de ser vaso,
nutriente en el surco,
juego en la fuente,
sosiego en el lago.

Cada mañana me afinaré en Ti,
Palabra del Padre,
antes de ser susurro al oído
discurso en el aula,
anuncio en el viento,
silencio en la escucha.

Cada mañana me orientaré en Ti,
camino del Reino,
antes de ser paso en la calle,
ruta en la frontera,
pausa en la espera,
salto en el aire.

Cada mañana me reposaré en Ti
sabiduría encarnada,
antes de ser
vigilia en el sueño,
flecha en el arco,
sutura en la herida,
cansancio en tu mano.

Cada mañana me miraré en Ti,
imagen del Padre,
antes de ser
alegría en el rostro,
fuerza en los brazos,
caricia en los ojos,
luz en el barro.

Benjamín González Buelta

Para reflexionar

*¿Cómo me interpela esta parábola? ¿Con cuál de los hijos me identifico? ¿Me muestro indiferente ante los problemas de otras personas de la "casa"?



PLEGARIAS DEL HIJO

Voy a la casa de mi Padre,
sé que su corazón clemente
tiene locura de misericordia,
sé que perdona
seis veces seis,
y aún siete veces siete,
sé que abraza
estrechando con ternura materna
hasta el despilfarro de setenta veces siete,
sé que como un volcán vigilante
irrumpe con ardor de entrañas
y los números del perdón explotan,
porque nadie puede contar las olas
del océano de su desvarío,
de su enloquecimiento por este hijo
que retorna a casa tambaleante,
seguro y destrozado en pena,
pero cantando bajo el almendral:
«aquí estoy, Padre,
abrázame, límpiame,
aliméntame, vísteme, coróname,
cántame tú».

Joaquín Alliende